

# **Apuntes para una espiritualidad en tiempos de violencia. Reflexiones desde la experiencia salvadoreña\***

---

**Jon Sobrino,  
Centro de Reflexión Teológica, San Salvador.**

Me han pedido unas reflexiones sobre “espiritualidad en tiempos de violencia”, y, aunque el tratamiento de la violencia es siempre difícil, es también necesario abordarlo, pues vivimos en un mundo sumamente violento. Para caer en la cuenta de ello no hay más que recordar los conflictos armados en Irak, Irán, Afganistán, Sudáfrica, Tchad, Grenada, Panamá, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Irlanda, Yugoslavia, Euskadi..., la mayoría de ellos, por cierto, acaecidos en el tercer mundo, y de los cuales varios persisten todavía. Con modestia, pues, a la manera de “apuntes”, con cierto “temor y temblor” y desde mi experiencia salvadoreña, vamos a abordar el tema. Pero antes me parece importante esclarecer el lugar y el talante de estas reflexiones.

a) El lugar de estas reflexiones es el conflicto salvadoreño, conflicto distinto al de Euskadi, pero semejante al de muchos otros países en el tercer mundo. En su origen está la negación injusta y masiva de la vida de las grandes mayorías, lo cual exigió después la violencia oficial para mantener los privilegios de unos pocos y originó la violencia revolucionaria de respuesta para transformar esa situación. Este es, pues, sólo un tipo de conflicto, pero cuantitativamente es el más extendido —en muchos lugares del tercer mundo— y cualitativamente es el más grave, pues su raíz está en la injusta negación de la vida. Por ello, pensamos que la experiencia salvadoreña puede ser útil para iluminar el tratamiento —de forma más universal— del tema que nos han propuesto. En El Salvador, en efecto, se impone la pregunta de con qué espíritu se debe vivir un conflicto

---

\* Conferencia pronunciada en Bilbao, el 18 de febrero de 1993. Sobre el contexto, véase la introducción al artículo de José I. González Faus.

violento con toda su tragedia. Pero, recordémoslo, de allí se puede aprender también que es posible poner fin a la violencia y terminar el conflicto de forma pacífica, negociada. Y por último allí se puede admirar la impresionante “nube de testigos”, es decir, de mártires, que han querido revertir la violencia prefiriendo cargar con ella que ocasionarla.

Quisiera aclarar también que en el conflicto salvadoreño he visto mayor justicia y humanidad, en su conjunto, en la parte revolucionaria que en la oficial, pero eso no quita que no haya que analizar la violencia revolucionaria. Y nos detendremos más en ella que en la del sistema, pues ésta es mucho más fácil de analizar y juzgar en su terrible pecaminosidad, ya que proviene de la injusticia estructural, “violencia institucionalizada” como la llamó Medellín, y genera — para perpetuarse— la violencia masiva y cruel de ejércitos, cuerpos de seguridad y escuadrones de la muerte<sup>1</sup>.

b) Por lo que toca al talante, estas reflexiones son *personales*, consisten fundamentalmente en elevar a concepto el impacto que me ha causado la violencia en la vida real y la pregunta de qué hacer con ella. Esto es lo que me ha dado que pensar. De ahí que el peso que puedan tener no proviene fundamentalmente de la agudeza de su conceptualización, sino de la realidad experienciada. La conceptualización, sin embargo, es necesaria, y en ella me ha influido decisivamente I. Ellacuría, de quien citaré largamente y a quien le vi luchar durante dieciséis años, en teoría y práctica, con el problema de la violencia, siempre volcado a introducir el máximo de racionalidad en el uso de tan peligrosa realidad<sup>2</sup>.

Estas reflexiones son también *cristianas*, con lo cual queremos decir algo más que una obviedad o repetir rutinariamente y sin dialéctica verdades conocidas: “la violencia no es evangélica”, “Jesús no hizo uso de las armas”, “hay que poner la otra mejilla”... Aquí hablamos más bien desde la convicción contrastada con la realidad y constatada en la realidad —de que lo evangélico del cristianismo tiene mucho que aportar a vivir con espíritu adecuado en tiempo de violencia, y de que puede aportar algunas cosas importantes mejor que otras ideologías y prácticas. Esto me lo iluminó —y creo que le iluminó a Ignacio Ellacuría— la figura de Monseñor Romero, quien no fue un pacifista a ultranza, pero dio un ejemplo de cómo con la inspiración cristiana se puede y debe trabajar en una situación sumamente violenta para tomarla en *shalom*, en paz.

Por último, estas reflexiones se hacen en vistas a la *espiritualidad*, no puramente en vistas a la ética o la política. Pero hay que aclarar que con ello no nos estamos introduciendo en absoluto en el nebuloso mundo de lo invisible e intocable en contraposición a lo histórico, pues por *espiritualidad* entendemos el modo de dejarnos afectar activamente por la realidad histórica —en este caso, la violencia—, el modo de afrontarla y el modo de confrontarla.

A continuación vamos a hacer algunas reflexiones, sólo algunas —de las muchas que pudieran hacerse—, y de forma fragmentaria, y las vamos a exponer en forma de breves proposiciones. Seleccionamos las que más nos han impactado en este proceso: (1) hay que minimizar los males de la violencia, (2) hay que maximizar los bienes que pueden generarse con ocasión de la violencia, y (3) hay que redimir la violencia.

Digamos finalmente que ofrecemos estas reflexiones con la esperanza de que puedan servir no sólo en tiempos de violencia, sino también en tiempos de paz, esperanza que no creemos ingenua porque en tiempos violentos, aunque *sub specie contrarii*, aflora también la realidad en su totalidad, con todas sus limitaciones y todas sus potencialidades.

### 1. Minimizar los males de la violencia

*Primera proposición: La única forma de humanizar en verdad la violencia es ponerle fin, pero, mientras dura, el humanizarla exige un serio esfuerzo teórico y práctico para mantenerla dentro de proporciones. Esto es logro del espíritu y es expresión de honradez con lo real.*

Según la fe cristiana, la violencia siempre está relacionada con algún tipo de mal, de modo que si en este mundo no hubiera pecado no habría violencia, lo cual debiera bastar para exigir sobriedad ante la violencia y no exaltarla de ningún modo, como suele ser frecuente en la historia en movimientos entusiásticos. Pero además de la relación que la violencia tiene con el mal, ella es en sí misma un mal por los graves males físicos que intende en directo y otros graves males que la acompañan con necesidad histórica.

Aceptar esto, aparentemente tan obvio, y sacar la obvia conclusión de que a la violencia —sea cuales fueren las pérdidas y ganancias para los bandos— hay que ponerle fin cuanto antes es la primera exigencia al espíritu humano. Lo que ocurre es que muchas veces —ciertamente en el tercer mundo— la violencia de respuesta se hace históricamente inevitable, y por ello se puede pasar por alto lo que tiene de grave mal. Por ello, la primera afirmación sobre la violencia, ciertamente sobre la violencia originante, pero también sobre la violencia de respuesta, es que constituye un grave mal. Y recordarlo no es superfluo, al menos a un nivel existencial, cuando nos encontramos en medio de un conflicto. Así lo expresó Ignacio Ellacuría:

La lucha armada es siempre un mal, mayor de lo que se piensa, que sólo puede ser permisivamente utilizado cuando con seguridad se van a evitar males mayores... Desde un punto de vista realista, es inevitable, incluso para el cristiano, aceptar ciertas formas de violencia, según los principios y cautelas que antes se han expuesto, siempre que se trate de una violencia liberadora no terrorista referida sobre todo a la liberación de la muerte que se abate sobre las mayorías populares en el tercer mundo<sup>73</sup>

I. Ellacuría no fue un pacifista a ultranza y sintió en su carne —lo llevó hasta el martirio— la injusta pobreza, la opresión y la represión de los pobres, y por ello defendió teóricamente la posibilidad de una violencia revolucionaria legítima. Sin embargo, simultáneamente mantuvo y recalcó los males de la violencia y que con esos males hay que acabar cuanto antes. Por ello trató de poner fin al conflicto cuanto antes, y mientras duró se desvió por racionalizar al máximo el uso de la violencia (en su estadio de inevitabilidad y aun de legítimidad) para minimizar sus males.

a) Para racionalizar al máximo el uso de la violencia —es decir para minimizarla y, así, humanizarla—, Ellacuría estableció el principio fundamental de la proporcionalidad.

Esto nos lleva al problema de la proporcionalidad. Si a uno le quitan un diente no tiene derecho en su defensa a quitar un ojo. La vida material sólo puede ser quitada cuando está en juego la vida material. En el caso de la violencia revolucionaria... se trata de defender la vida material de una inmensa mayoría... Pero poner en peligro la vida material, sobre todo la de las mayorías pobres y necesitadas, por objetivos que desbordan la salvaguarda de esa vida material no está justificado. Algunos piensan que la libertad, la propiedad, la identidad cultural, etc., son más valiosos que la vida material, pero nada hay más originante y sustentante que la vida como posibilidad fundamental de cualquier otro valor. En general, el principio de proporcionalidad fundamental sostiene que los bienes culturales se consigan y se defiendan por medios culturales, los políticos por medios políticos, los religiosos por medios religiosos, etc. Quitar la vida a otro no guarda proporción con objetivos étnicos-culturales, clasistas o políticos. Esto es tanto más cierto cuando más se den condiciones para conseguir esos objetivos por sus medios proporcionados<sup>4</sup>.

Ellacuría trató, pues, de desarrollar criterios de racionalización para el uso de la violencia, pero lo que aquí nos interesa recalcar es que lo hizo no en directo por hacer avanzar teóricamente la discusión ética sobre la guerra, sino afectado hondamente por la tragedia y ajustado a la realidad. A esto es a lo que llamamos una re-acción del espíritu ante la realidad histórica. En este caso, la búsqueda de minimizar, racionalizando al máximo, el uso de la violencia es el primer paso —aunque parezca pequeño y alejado de utopías pacifistas— de la espiritualidad en tiempos de violencia.

b) Y desde aquí —desde la espiritualidad— habría que comprender, en nuestra opinión, la lógica más profunda actuante en la llamada doctrina tradicional sobre la guerra justa, que también fue recogida fácticamente por Ellacuría. Lo más importante de ella es la confesión implícita de que la guerra siempre es un mal, y de ahí la decisión de buscar condiciones para minimizarla. El que la finalidad sea justa es ciertamente esencial desde la perspectiva ética, pero al añadir como condiciones necesarias para su legítimidad el que se hayan agotado

los medios no bélicos, la posibilidad de que la guerra tenga éxito y el que no traiga mayores males se está reconociendo la seria necesidad de autocontrol aun antes de aceptar la violencia en esa situación límite<sup>1</sup>, autocontrol que es ante todo acto del espíritu para humanizar una trágica situación.

Teorizar sobre la violencia para eliminarla o, al menos, para minimizarla es la primera expresión de la espiritualidad. En la *persona* de Ignacio Ellacuría la guerra causó un gran impacto como mal real. Y ese mal real para todos, sobre todo para las mayorías, es lo que movilizó su espíritu para ponerle fin. En la práctica, el *personaje* Ellacuría propició diálogos y negociaciones entre las partes, propició el debate nacional y la creación de una tercera fuerza (incomprendida, en general, por la izquierda) para acelerar el fin de la guerra, dialogó innumerables veces con unos y con otros. Y en la teoría, el *intelectual* Ellacuría desarrolló nuevas tesis sobre la violencia para humanizarla y minimizarla.

En este sentido, es irónico que a Ellacuría le hayan acusado de violento algunos bienpensantes, siendo así que buscó en teoría y en práctica minimizar la violencia. Lo que no acaban de entender sus detractores es que no es más pacífico quien "condena la violencia venga de venga" que quien trata de minimizarla realista e históricamente, que es lo que él hizo. O, por decirlo de otra forma, que no es más pacífico el que *con desidia y rutina* repite *slogans* anti-violencia o incluso cita a Gandhi o al Nuevo Testamento en favor de un pacifismo a ultranza que el Ellacuría que, *con trabajo y creatividad*, trató de minimizarla hasta llegar a ponerle fin. Y, por supuesto, que no es más pacífico quien no se introduce y denuncia con claridad la violencia originaria del sistema que el Ellacuría que denunció y cargó con esa violencia. Y si hablamos ahora de la persona, no sólo del personaje e intelectual Ellacuría, es para mostrar que todo su trabajo durante esos años fue ante todo expresión de su espiritualidad.

A todo esto pudiera objetarse que se trata aquí de mínimos —minimización de la violencia— mientras que apelar al espíritu parece que debiera hacerse para tareas más altas. Pero para quien está encarnado en la conflictividad real de la historia —y recordemos que la encarnación y no el mero ser espectador es acto primordial del espíritu— esos mínimos son máximos. En cualquier caso, el autocontrol, la racionalización y minimización al máximo del uso de la violencia es exigencia primaria que se impone al espíritu humano.

La conclusión es que, resumiéndolo en palabras irónicas, pero penetrantes, del mismo Ellacuría, si de violencia se trata "sólo los pacifistas debieran hacer las guerras". Es decir, todo cuidado en su utilización es poco ante los males que produce. Y esto, que tan claramente se percibe en tiempo de guerra, debiera ser igualmente claro en tiempo de paz: hay que terminar con o minimizar la muerte lenta que causa la injusta pobreza. Parafraseando a Ellacuría, pudiéramos decir —también utópicamente— que "sólo los empobrecidos debieran planificar la economía".

\* \* \*

*Segunda proposición: Aun en el caso de que la violencia llegase a ser legítima nunca debe convertirse en mística, sino que hay que luchar activamente contra los subproductos deshumanizantes que produce históricamente.*

Monseñor Romero, en su tercera carta pastoral de 1978 *Iglesia y organizaciones políticas populares*, aun aceptando en principio la posible legitimidad de la violencia en una situación como la salvadoreña, denunció lo siguiente:

Está haciendo mucho mal a nuestro pueblo esa violencia fanática que casi se hace "mística" o "religión" de algunos grupos o individuos. Endiosan la violencia como fuente única de justicia y la propugnan y practican como método para implantar la justicia en el país. Esa mentalidad patológica hace imposible detener la espiral de la violencia y colabora a la polarización de los grupos humanos<sup>6</sup>.

Con estas palabras, Monseñor Romero describía un hecho repetidamente constatable: además del mal directo que produce la violencia, ésta lleva en sí misma una dinámica deshumanizante que produce otros muchos males.

a) Ante todo, la violencia suele generar un dinamismo a mayor y más cruel violencia, que normalmente toma la forma de *terrorismo*. Sea cuales fueren los beneficios militares o políticos, de acuerdo con su propia definición *terrorismo* es lo que se practica para "aterrorizar" a otros, es decir, no es un uso posiblemente legítimo de la fuerza para autodefenderse o para destruir al enemigo militar en cuanto tal. Por ello, no tiene en modo alguno un significado de "defensa propia", aun en el sentido más lato, o de vencer bélicamente sobre el adversario en cuanto tal. De ahí el juicio de Ellacuría:

Todas las formas de *terrorismo*, sobre todo las que acarrear la muerte o (un atentado a) la integridad física o psíquica de las personas; el *terrorismo*, definido como el uso de la violencia sobre todo física contra personas indefensas, sean civiles o no, con el objeto de aterrorizar es siempre reprochable, tanto más reprochable cuanto sea mayor el daño infligido y la indefensión de la víctima<sup>7</sup>.

El *terrorismo* viene definido, por lo tanto, por lo que se hace, no por quién lo hace, y por ello en El Salvador, aunque la parte gubernamental ha definido como *terrorismo* casi siempre el accionar militar del FMLN, de hecho esa parte gubernamental es la que más abundante y cruelmente ha caído en él, aunque también el FMLN hizo uso de prácticas terroristas, sobre todo al asesinar alcaldes y a ideólogos de la oposición. En cualquier caso lo que hay que condenar, aquí sí, "venga de donde venga", sin excepción, es el *terrorismo* por absolutamente injusto y deshumanizante.

La conclusión es que si hay que esforzarse en el autocontrol, teórico y práctico, de lo “militar-bélico”, mucho más hay que hacerlo con lo “terrorista” que debe ser claramente denunciado y no condonado por nada. Ellacuría entró en una larga discusión teórica sobre el uso de las minas y sobre la distinción entre “bomba-en-un-coche” y “coche-bomba”, lo cual por cierto le trajo graves ataques y acusaciones. Pero lo importante, de nuevo, es que su esfuerzo teórico estaba dirigido, por una parte, a que no se definiese como *terrorista* lo que fuese sólo *bélico-militar*, y en ese sentido, para defender al FMLN cuando era injustamente acusado de terrorismo; pero, por otra, también para acusar de terrorismo —desde criterios objetivos— al FMLN cuando cometía actos terroristas. Y eso, porque sea cuales fueren sus ventajas militares y políticas a corto plazo, a mediano y largo plazo el terrorismo de cualquier lado deshumaniza a una sociedad que se haya edificado sobre él.

b) La mística de la violencia tiende también a *militarizar la totalidad de la realidad*, personal y social, y a subordinar cualquier otra dimensión (económica, social, cultural, sindical, religiosa, familiar, personal) a lo militar. Y aunque en determinados momentos esto pueda ser comprensible, la realidad pronto se cobra venganza, simplemente porque los seres humanos no somos así. Se da, pues, un empobrecimiento reductor y una deshumanización contra los que hay que luchar activamente.

Las formas que toma esta militarización son variadas, y vamos a mencionar sólo dos de las más importantes, tal como han aparecido en el conflicto salvadoreño:

\* Suele absolutizarse lo militar al presentarlo como la forma más radical y el grado más elevado de compromiso —al cual habrá que supeditar cualquier otro, lo que lleva a ignorar, minusvalorar o despreciar —cuando no a ridiculizar— otras formas de lucha liberadora, aceptadas a lo sumo como pasos previos secundarios y buenos sólo si se relacionan con lo bélico, todo lo cual puede ir acompañado además de un complejo de radicalismo propio y de superioridad ética sobre los demás.

A esto hay que responder que, si es cierto que no se puede excluir *a priori* que lo militar pueda ser también fuente —y en El Salvador lo ha sido— de valores y pueda ser incluso expresión de amor, no hay que presuponerlo con facilidad, ni en teoría ni en la práctica, ni sobre todo hay que errar en el criterio para juzgar en qué consiste la máxima radicalidad. En nuestra opinión, ésta no consiste en la máxima capacidad de destrucción del adversario —aun con los grandes riesgos personales que ello conlleva—, sino en la máxima expresión de amor, sin que con esto queramos caer en palabrería piadosa. Y en este sentido, bueno será reflexionar por qué Monseñor Romero llegó a ser no sólo la figura más querida del país, sino también la tenida por más radical, incluso por muchos miembros del FMLN. Y la razón está en lo siguiente: unos, con su lucha y los

riesgos que corren por esa causa, pueden mostrar amor al pueblo, pero pueden también mostrar —al menos concomitantemente— amor a sí mismos y a su propia organización. Lo que es extremadamente raro es ver a alguien que muestra amor a la gente y sólo amor. Y eso es precisamente lo que hizo Monseñor Romero, quien arriesgó todo, su vida personal por supuesto, pero también su “organización” (la Iglesia insitucional) por el bien de la gente, y de esa forma mostró amor y sólo amor. Con lo cual queremos decir que para decidir dónde se da la máxima radicalidad no hay que fijarse tanto en el medio de lucha (si son las armas, o la palabra profética, o el trabajo político, educativo...), sino en el amor real e histórico que se hace presente a través de cualquier medio de lucha. Y eso es tanto más verdadero cuando, como en el caso salvadoreño, los riesgos que dan credibilidad al amor acompañan no sólo a la lucha armada, sino a cualquier tipo de lucha, aun la más alejada de la lucha armada, como fue la de Monseñor Romero.

\* La militarización suele aparecer también en el exagerado verticalismo según el cual la vanguardia dirigente, apelando sobre todo a las necesidades de la guerra, habla y decide en nombre de un pueblo, lo cual es un error y una injusticia. Y suele expresarse también en la manipulación hasta de lo religioso, lo cual no sólo es injusto, sino poco político, pues ello empobrece los procesos y los priva de la eficacia de lo religioso.

c) Por último, la mística de la violencia suele llevar no sólo a la aceptación, sino a la *exaltación de la violencia*, personal, grupal, nacionalmente... y eso es deshumanizante. Por muy acostumbrados que estemos a ello, hay que estar en contra de que la historia de los pueblos (incluida la del pueblo de Israel y, análogamente, la de la Iglesia) se enseñe alrededor de batallas, y de que según les haya ido en ellas los pueblos podrán celebrar o no. Es indudable que al recordar esas batallas se podrán celebrar liberaciones de yugos injustos —aunque también suelen celebrarse imposiciones de tales yugos—, se podrá celebrar el valor, la creatividad, la astucia..., pero no se deberá ignorar que esas celebraciones están basadas sobre la sangre de muchos seres humanos. (Y hablando de exaltación de la violencia, no estará de más recordar que buena parte de la industria del cine y de la televisión está montada en muy buena medida sobre dicha exaltación).

A esto hay que añadir que la exaltación de la violencia no sólo celebra actividades bélicas en que mueren seres humanos —del bando propio y del ajeno—, sino que introyecta y hace crecer hasta el desprecio la visión del “otro” como irreconciliablemente otro, distinto, adversario, antagónico y muchas veces despreciable, cuyo sufrimiento, muerte y destrucción, por ser del otro, no parece ser ningún mal especial. (Y eso sin llegar a casos patológicos, como el que aparece en la película *Paton*, cuando el general, tras una batalla y contemplando la desolación causada, dice: *Forgive me, God, but I love it*).



Es psicológicamente comprensible que se celebre la desaparición de un adversario, responsable de torturas, barbaries y masacres contra el bando propio, sobre todo cuando ha actuado criminalmente en contra de niños, mujeres y ancianos indefensos —bien lo sabemos en El Salvador con las masacres de El Sumpul, El Mozote, El Junquillo... Pero hay que recordar que entre la mayoría de los seres humanos que suelen luchar y matarse entre sí —en El Salvador, campesinos en uno y otro bando— hay mucha más semejanza que diferencia. En el caso salvadoreño, Monseñor Romero, de nuevo, lo dijo con toda claridad:

Tampoco podemos ignorar, aun sin entrar en mayores detalles, el trágico espectáculo que se está ofreciendo, en el país, entre organizaciones fundamentalmente integradas por campesinos y campesinas que luchan entre sí y que últimamente están en pugna violenta. Lo más grave es que no son —únicamente o fundamentalmente— ideologías las que han logrado desunirlas y enfrentarlas. No es que los miembros de estas organizaciones piensen en su mayoría de forma distinta sobre la paz, sobre el trabajo, sobre la familia. Lo más grave es que a nuestra gente del campo la está desuniendo precisamente aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares<sup>4</sup>.

Según las formas que toma la violencia y las razones para ello variará el tipo de confrontación dentro de la familia humana, por supuesto, pero en todas ellas hay merma grave de la conciencia fundamental de ser familia humana. Por ello, exaltar la violencia es —se sepa o no— ir contra la propia carne, y es por ello deshumanizante. A algunos no les gustará hacer de la “familia humana” lo último, y preferirán encontrar eso último en la patria, la raza, la cultura, la lengua, la Iglesia, la religión, realidades todas importantes, sin ninguna duda. Y se podrá discutir teóricamente en dónde haya que poner lo último —si es que se lo quiere poner en algún lugar. En mi opinión, la respuesta es dialéctica, por supuesto. Por un lado, la ultimidad sólo puede expresarse a través de lo concreto, pero eso concreto sólo puede ser tenido como último en cuanto es expresión de humanidad y no de ninguna otra cosa.

La conclusión de todo este apartado es mínima, pero nos parece decisiva: la violencia produce males físicos directos, pero tiende también a producir como por necesidad otros males físicos y morales: terrorismo, militarismo, desprecio absoluto al otro... Vivir la violencia con espíritu significa entonces ser honrado con lo real, reconocer lo terrible de estas cosas y no escamotearlas, juzgarlas como deshumanizantes para todos y hacer contra todo ello. En cualquier caso, lo que nunca se debe hacer es caer en la mística de la violencia y ensalzarla.

En una de sus últimas intervenciones públicas, Ellacuría se expresó contra la mística de la violencia con estas palabras, de nuevo irónicas y vigorosas: “Al dar los partes de guerra, ambos bandos debieran decir: llorando les comunica-

mos que nos hemos visto obligados a infligir tantas bajas al adversario...”.

Espiritualidad es entonces superar esa mística de la violencia, con sus analogías en tiempos de paz. Es superar el terrorismo, la tendencia a no poner límites al ejercicio del poder, que en tiempo de paz suele transformarse en corrupción. Es superar el dogmatismo, la exigencia a ultranza de disciplina y el verticalismo, hasta cierto punto necesarios para el accionar militar, pero que vuelven difícil la democracia y la fraternidad una vez terminado el conflicto. Es superar la dinámica de generar, aumentar y exaltar la diferencia, la oposición, el desprecio al otro, que, por serlo, suele ser llamado “criminal”, “esbirro” en tiempo de guerra, o “perro”, “negro”, “indio”... en tiempo de paz. Todo esto es absolutamente deshumanizante en tiempo de guerra y perdura en tiempo de paz. Destruye físicamente la “especie humana”, y destruye antropológicamente la noción misma de “familia humana”. En esa mística hay un profundo principio de deshumanización. Espiritualidad es, entonces, la lucha por superarlo.

## 2. Maximizar los bienes que acaecen con ocasión de la violencia

*Tercera proposición: La violencia de respuesta, por trágica que sea, puede ser expresión de amor a un pueblo y puede producir subproductos positivos, entre otros el de desenmascarar la mentira con que se encubre la violencia originante y el de exigir la lucha —por otros medios— contra la injusticia.*

Por honradez con lo real, hay que reconocer que con ocasión de la violencia se producen también bienes importantes, que, además, por la naturaleza del asunto, suelen disminuir en tiempos de paz. Este hecho —que pudiera ser interpretado en analogía con el *felix culpa*— es algo reconocido y constatable, y no sólo exacerbación conceptual dialéctica o intento desesperado de hacer de la necesidad virtud. Y es que a través de y en contra de la negatividad surge también lo positivo. Veámoslo en tres realidades importantes —cuya relación con la violencia es de diversa índole—, tal como han aparecido en el conflicto salvadoreño.

a) La realidad da que *la violencia de respuesta puede ser en sí misma expresión de amor*, es decir, de lo más positivo del ser humano, amor que puede desencadenarse como reacción a lo terrible y espantoso de la violencia originante<sup>9</sup>. La argumentación teórica más radical en favor de esa posibilidad ya la dio santo Tomás al reconocer que los combatientes pueden incluso ser mártires si han dado su vida por amor, pues el amor es el elemento formal que otorga excelencia al martirio<sup>10</sup>.

Cuánto de justicia han buscado los combatientes y cuánto de amor han mostrado al optar por la lucha armada y sus obvios riesgos, sólo Dios lo sabe, pero no se puede cerrar esa posibilidad ni negar que la motivación de algunos o de muchos de ellos sea la de liberar a su pueblo. En la realidad hay en todo esto un más y un menos, por supuesto. Así, entre las muchas cosas que pueden mover a

la lucha armada, puede estar la desesperación que genera la pobreza o el deseo de venganza, pero también puede serlo el amor. Puede ser también que la motivación del amor esté más presente en los comienzos que cuando la guerra se ha convertido en trágica rutina, en campesinos que han tomado las armas para que el pueblo pueda vivir que en quienes, además, buscan el triunfo de un partido... La casuística es, pues, compleja y delicada, pero lo que no se puede excluir es que haya combatientes que han sido movidos por el amor<sup>11</sup>, y pensamos que los ha habido ciertamente en las revoluciones nicaragüense y salvadoreña. Y hay que recordar, además, que junto a otras razones políticas —probablemente más decisivas—, también ha podido estar actuante el amor en la decisión de poner fin al conflicto de manera negociada por razones humanitarias, en último término, por amor.

Cuánto hay, pues, de gracia y cuánto de pecado en las revoluciones, en último término sólo Dios lo sabe. Con cuánto cuidado haya que usar lo religioso para no animar a guerras ni martirios, hay que tenerlo siempre presente, dada la innata tendencia de lo religioso a la radicalización de todas las áreas de la existencia, incluida la guerra. Pero dicho esto, no se puede ignorar que, a su modo, muchos han combatido por transformar una sociedad cruel e inhumana en una sociedad más justa y humana. Por ello —ya que, además, siguen siendo difamados por algunos aun después de muertos<sup>12</sup>— bueno será admitir la posibilidad de que algunos puedan ser llamados mártires del reino de Dios. Quede al menos este consuelo a sus familiares que no han podido encontrarlos y enterrarlos, y que ya no pueden recuperarlos.

b) Además de que la violencia pueda ser expresión —trágica— de amor, con ocasión de ella se han conseguido varios bienes importantes, y uno de ellos es el de *desenmascarar la mentira y llamar la atención a la verdad de la realidad*. La violencia de respuesta es, ciertamente, violencia, pero hay que recalcar también que se trata de una *respuesta* a una situación inhumana que genera víctimas en forma mayoritaria y cruel. Recordémoslo muy resumidamente.

Antes de la muerte rápida de la violencia se da la muerte lenta de la pobreza, producto de la injusticia, verdadera "violencia institucionalizada". Para mantener la pobreza de los muchos que enriquece a los pocos, éstos desencadenan la violencia originante, llevada a cabo por ejércitos, cuerpos de seguridad y escuadrones de la muerte a su servicio, de modo que la realidad se toma en "el imperio del infierno", como decía Monseñor Romero. Y en respuesta a esa doble violencia suele acaecer la violencia revolucionaria. Lo que hay que añadir a esto tan sabido es que el mundo de la abundancia no suele darse por enterado de la muerte lenta de la pobreza ni de la violencia institucionalizada, y sólo parece hacerlo o cuando estalla la muerte violenta en forma inaudita llevada a cabo por las derechas (asesinatos como el de Monseñor Romero, el de las religiosas norteamericanas, el de los jesuitas de la UCA) o cuando se da la reacción bélica revolucionaria.

Con ser trágico, pues, los conflictos violentos son los que normalmente hacen inocultable la injusticia originante, de modo que se pueda empezar a tener noticia de su verdadera realidad. Triste —y afortunadamente— estos conflictos son los que desenmascaran el escándalo primario de la realidad y los que llevan preguntamos por sus causas. Los conflictos violentos son los que desenmascaran la mentira, los que sacan a luz lo ignorado y encubierto, los que liberan a la verdad del encubrimiento al que la someten. Y eso es un gran bien.

Antes de la represión y de la guerras, Nicaragua o El Salvador, por ejemplo, eran países desconocidos, como lo sigue siendo Haití, una vez pasadas las escamuzas, o lo es el Tchad o los 300 millones de pobres de solemnidad en la India, y un muy largo etcétera. Tristemente, son sólo los conflictos los que parecen tener suficiente fuerza para sacudir un poco el egoísmo institucionalizado en los países de abundancia y superar el encubrimiento al que están sometidos de diversas maneras los pueblos pobres: en los medios de comunicación, en la política exterior, en la indiferencia activamente presente tras la ideologización de la tolerancia y de la posmodernidad, en el silenciamiento de los cuestionamientos del socialismo pasado y las alabanzas del neo-liberalismo presente... Todo es bueno para mantener en silencio o volver a relegar al silencio a los pueblos crucificados.

En esta situación de pretendida e hipócrita ignorancia, los conflictos producen al menos este gran bien: des-enmascarar, des-ignorar, des-tranquilizar... En lenguaje cristiano, la cruz de los conflictos se convierte en juicio y condena del mundo. Y en lenguaje de I. Ellacuría se convierte en pregunta para todos: "qué hemos hecho para que estos pueblos estén crucificados y qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz".

c) La violencia de respuesta expresa trágicamente la necesidad de que hay que seguir respondiendo a la injusticia, es decir, de *perseguir —aunque de otra forma— la lucha contra la injusticia*. Esto hay que recalcarlo porque en el presente se alaba y se receta a todos —con mejor o peor intención— actitudes de diálogo y tolerancia, los valores de la paz, la democracia, el progreso, es decir, actitudes y valores de los que está ausente todo lo que pueda ser conflicto o praxis conflictiva. Aunque en esto hay mucho de bueno —y ojalá hubiese mucho de real—, hay que puntualizar algunas cosas:

En primer lugar, la realidad es la que sigue siendo conflictiva y antagónica. Por mucho que se pretenda hacer desaparecer del lenguaje términos como "justicia" e "injusticia", "opresión" y "liberación", éstos son todavía insustituibles para describir adecuadamente nuestro mundo y sus necesidades, y sin ellos lo cubrimos una vez más. Por mucho que se pretenda introyectar en la conciencia colectiva que la mejor solución para el mundo es dejarlo a la dinámica actual propuesta por el norte, las estadísticas y la experiencia cotidiana lo contradicen. La realidad histórica de nuestro mundo sigue siendo en sí misma conflictiva

porque sigue produciendo graves antagonismos entre empobrecedores y empobrecidos. Por mucho que se quiera ocultar, la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro sigue reflejando nuestra situación a cabalidad.

En segundo lugar, el hecho mismo del conflicto ayuda a mantener la concepción "agonista" —luchadora— que le es esencial a la existencia humana, la cual ojalá llegue a expresarse en formas diferentes a la del conflicto armado, por supuesto, pero sin que esto quite un ápice de necesidad a la lucha. Dicho en palabras sencillas, en El Salvador, y terminada la guerra, en nada ha desaparecido la necesidad de luchar contra la mentira y el encubrimiento, la corrupción y la hipocresía sociales, y nada digamos de la urgencia de luchar contra la injusticia... En otras palabras, los pasos, grandes o pequeños, que dan los pueblos pobres no son en ningún modo regalo de los poderosos, sino logro a través de luchas y conflictos. Y esto, tan simple, pero que quiere ser encubierto, debe ser mantenido.

En tercer lugar, el conflicto ayuda a mantener la estructura dialéctica y aun duélica de la fe cristiana. En ella, las realidades positivas siempre son descritas en relación y contradicción a otras negativas: Dios e ídolos, Cristo y anticristo, reino y antirreino, gracia y pecado... No es esto buscar de antemano la conflictividad, sino mínima honradez con la esencia de la revelación de Dios y de la fe cristiana. A la misma fe, pues, le compete por esencia introducirse en la conflictividad.

Con todo esto queremos recalcar la necesidad de mantener la "lucha" en la definición del ser humano y del ser cristiano, y recalcar que una de las cosas que quieren quitar a los pueblos del tercer mundo es precisamente eso: su demostrada capacidad de lucha. Dicho con mayor generalidad, quieren acabar con lo específicamente novedoso que aportan los pueblos del tercer mundo y quieren silenciar a aquellos pueblos que mejor han expresado la esperanza y la necesidad de luchar para ponerla a producir:

Aquellos países que han levantado la esperanza de algo nuevo, como Nicaragua y El Salvador de los ochenta, necesitaban ser no sólo destruidos sino desacreditados y convertidos en una espúrea esperanza de pueblos románticos porque rompían el proceso de homogeneización iniciado con la era Reagan. La geo-cultura de la desesperanza y la teología de la inevitabilidad requieren hoy una proyección global para permitir la homogeneización de la nueva reestructuración promovida por la élite del poder global. La desesperanza es la actitud necesaria para la estabilidad desde la perspectiva del dominador<sup>13</sup>.

Amor, verdad, necesidad de lucha y esperanza son, pues, realidades positivas del espíritu que se hacen presentes con ocasión del conflicto. Digamos para terminar este apartado que todo ello sigue siendo necesario en tiempos de paz, y

que lo es en un punto específico: mantener el horizonte de la utopía, dejarse mover por ella y encaminarse, aunque sea en pasos muy pequeños, hacia ella. El primer mundo no sólo receta sobriedad, sino que ha declarado la muerte de la utopía. Receta tolerancia, pero cae (inconsciente o planificadamente) en la indiferencia. La alabada ausencia de conflictos mucho nos tememos que esté — entre otras cosas— al servicio de hacer morir las utopías de los pobres. Y eso no se puede tolerar.

Los pobres, los que no dan la vida por supuesto, siguen teniendo una utopía, y la tienen por necesidad porque esa utopía no es otra cosa que la vida, la posibilidad de supervivencia. Lo que ocurre es que hasta eso se les niega, y, por ello, los pobres expresan en su misma realidad, a la vez, la necesidad de utopía y de lucha. En otras palabras, la utopía es un concepto que expresa “sentido”, en este caso “esperanza”, pero es también un concepto “práxico”, que lleva consigo la exigencia a ser realizado. En el tercer mundo, la lucha está al servicio de la utopía y la utopía —lo que no ha lugar, pero que ha de llegar a tener lugar, pues se trata de la vida— exige lucha. Utopía y lucha son correlativos, y al queremos quitar el espíritu de lucha nos quieren quitar también la utopía.

Para que se nos entienda bien, recordemos al terminar este apartado lo dicho antes. La violencia como lucha armada es un mal, genera muchos males y por ello debe ser erradicada. Pero eso no quita el que exprese la necesidad de lucha en el tercer mundo. Una lucha que se deberá llevar a cabo a través de las “armas” específicas de cada institución o movimiento social (iglesias, universidades, sindicatos, partidos políticos, medios de comunicación social...) y que ojalá nunca tenga que ser llevada a cabo con armas bélicas, pero que es, al fin y al cabo, lucha en un mundo en el que lo que está arriba, sean los poderosos, sea el norte, sigue oprimiendo a los que están abajo.

Lo que esto significa en términos de espiritualidad es sencillo: no se puede ser humano ni cristiano en el mundo actual sin responder y re-accionar a la injusticia y violencia originantes. No hay que caer, por lo tanto, en la trampa de la “inevitabilidad” que nos tienden por doquier, como si, aunque no vivamos en el mejor de los mundos, sí vivimos en el único mundo posible, y por lo tanto sería ilusorio e inútil intentar luchar contra él. Ante esto, lo que hay que hacer es mantener el espíritu de misericordia consecuente, atender a los heridos en el camino y luchar contra los salteadores que siguen omnipresentes.

### 3. La redención de la violencia: los mártires

*Cuarta proposición: Lo más específicamente cristiano es redimir la violencia. Eso sólo ocurre cuando se la erradica, pero para lograrlo no sólo hay que luchar contra ella desde fuera, sino que hay que cargar con ella desde dentro. Eso —y el hacerlos por amor a las víctimas— es lo que ejemplifican los mártires. Ellos son los que pueden revertir la dinámica de la violencia.*

Todo lo anteriormente dicho expresa ya muchas convicciones cristianas, pero podemos preguntarnos si hay algo más específicamente cristiano en relación con la violencia, y así es como lo describe Ellacuría:

Parecería que desde un punto de vista más cristiano, el de la perfección en el seguimiento del Jesús histórico, los cristianos reduplicativamente cristianos en su ser y en su actuar, siendo los primeros y más arriesgados en combatir toda forma de injusticia, no deberían hacer uso de la violencia. No es que la violencia sea siempre y en todos los casos rechazable para un cristiano, pero el cristiano en cuanto tal no da ordinariamente su testimonio específico a través de la violencia. No es tampoco que se quiera dejar el trabajo "sucio" a otros, mientras que el cristiano se queda entre los "puros" que no se ensucian las manos. Se trata más bien de dar de la manera más cabal y plena testimonio de que la vida está sobre la muerte, de que el amor está sobre el odio. Tal actitud sería aceptable y eficaz si es que ese mismo cristiano se atreviera hasta el martirio en la defensa de los más pobres y en el combate contra los opresores con el testimonio de su palabra y de su vida<sup>4</sup>.

Con estas palabras, Ellacuría quiso expresar lo más específicamente cristiano ante la violencia, y además intentó elaborar ante sus posibles críticos más "belicistas" lo que pudiéramos llamar una "apología" de la "violencia no-armada". Para ello afirmó tres cosas: a) que el cristiano tiene que estar dispuesto a combatir toda forma de injusticia y a defender a los más pobres en contra de los opresores, b) que para combatir prefiere usar medios que en sí mismos expresen la supremacía de la vida sobre la muerte y del amor sobre el odio, y c) que para tener credibilidad en todo ello los cristianos tienen que ser "los primeros y más arriesgados", tienen que atreverse "hasta el martirio".

Ellacuría nos remite en último término a la *disponibilidad al martirio por causa de la justicia* como actitud cristiana ante la violencia. De ello y su significado hablaremos más adelante, pero ahora, para poder comprender a Ellacuría, quien sólo pudo escribir lo anterior en presencia de mártires reales, y para constatar la masividad del fenómeno, masividad que es la que permite elaborar una teoría y no sólo reflexiones piadosas anecdóticas, vamos a enumerar una letanía de mártires, aunque para ello cambiemos por un momento el estilo de estas reflexiones. Y lo hacemos también por agradecimiento y para mantener viva su memoria ahora que en el país ha terminado la guerra.

a) En El Salvador hay muchos, como Jesús, *mártires por el reino de Dios*: personas que han defendido a los pobres y a las víctimas, que por ello se han enfrentado a la injusticia y violencia originantes, que han luchado contra ellas con armas no-bélicas, y que libre e indefensamente han sido asesinadas por todo ello.

En este sentido, mártires son, ante todo, los campesinos, ellos y ellas, por centenares y miles, asesinados por haber tomado conciencia de la opresión y

haberse organizado para liberarse de ella, por ser delegados de la palabra o por tener una Biblia o una estampa de Monseñor Romero. Mártires son los obreros de las ciudades, asesinados por manifestarse contra la injusticia de sus salarios y la inhumanidad de ser usados como fría mercancía. Mártires son los sindicalistas, sacados de sus casas, asesinados o desaparecidos. Mártires son los miembros de las organizaciones populares, masacrados en las calles en la manifestación del 22 de enero de 1980 y en tantas otras. En una palabra, mártires son muchos hombres y mujeres pobres, las mayorías populares, asesinados porque han luchado sin armas, pero con toda justicia para dejar de serlo y por haberlo hecho —los creyentes— en nombre del evangelio.

Junto a ellos, y por defenderlos a ellos, mártires son también innumerables estudiantes, maestros de primaria y secundaria, profesores de universidad, que han releído la historia del país, han enseñado su verdad y sus causas. Mártires son médicos que, fieles al juramento de Hipócrates y a la parábola del buen samaritano, han sido asesinados por curar en sus campamentos a los tenidos por subversivos o —con increíble crueldad— cuando los atendían en sus consultorios de la ciudad. Mártires son periodistas, salvadoreños y extranjeros, que han fotografiado con sus cámaras y han transcrito en sus cuadernos la realidad berrante del país. Mártires son abogados, jueces, miembros de instituciones de derechos humanos, como Marianella García Villa y Herbert Anaya Sanabria, que han denunciado y desenmascarado aberraciones y masacres. Mártires son también algunas personas, pocas, muy pocas, de las clases pudientes, como Enrique Álvarez, que acompañan y contrastan con miles de humildes trabajadores y trabajadoras como Julia Elba y Celina.

Mártires son también hombres y mujeres de Iglesia, seminaristas como Domingo Cáceres, catequistas como Ticha, delegados de la palabra como Jesús, religiosas como Silvia y como las cuatro hermanas norteamericanas, Ita, Maura, Dorothy y Jean, el don máspreciado del pueblo de Estados Unidos a El Salvador. Mártires son sacerdotes cercanos al pueblo, desde Rutilio Grande y Alfonso Lavarero hasta el P. López y López, humilde trabajador de Fe y Alegría, pasando por Neto Barrera, Octavio Ortiz, Rafael Palacios, Alirio Macías, Cosmepezoto, Manuel A. Reyes, Ernesto Abrego, Marcial Serrano. Mártires son religiosos, teólogos e intelectuales, como los tan recordados Ignacio Ellacuría, Fernando López, Juan Ramón Moreno, Segundo Montes, Nacho Martín Baró, asesinados por poner la ciencia —que suele enriquecer a los ricos— al servicio de los pobres. Pastor, profeta y mártir es, finalmente, Monseñor Romero, caso insólito en la historia de la Iglesia, arzobispo asesinado sobre el altar cuando celebraba la eucaristía, pero no por defender privilegios o derechos de la Iglesia, sino —como Jesús— por defender la vida y los derechos del pueblo pobre.

Junto a estos mártires más conocidos, que de una u otra forma nos recuerdan a Jesús por su enfrentamiento con los poderosos y su defensa activa de los



pobres, están los innumerables mártires anónimos, niños, mujeres y ancianos en su mayoría, cuyo delito fundamental ha sido ser pobres, vivir en zonas conflictivas —"estaque que debía ser secado, es decir aniquilado, para poder agarrar al pez"— y ser usados como ejemplo para que otros escarmienten, para que no tomen conciencia, no se organicen y queden aterrorizados. Estos son hoy *el siervo doliente de Yahvé, el pueblo crucificado*, como decían Monseñor Romero y el padre Ellacuría. Son los que en total inocencia e indefensión, sin libertad siquiera para rehuir la muerte, han cargado sobre sí el pecado del mundo —la muerte lenta de la pobreza y la muerte violenta de la represión— y son los que han quedado destruidos por ese pecado.

Mártires son, entonces, entre muchos otros miles, los campesinos de La Cayetana y Tres Calles, asesinados en 1975, y los campesinos de Aguilares, ciudad ocupada militarmente en mayo de 1977, donde los soldados profanaron el cuerpo de Cristo en el santísimo sacramento y el Cuerpo de Cristo en la historia, asesinando a decenas de campesinos. Mártires son los centenares de muertos en el Sumpul, atrapados entre el ejército salvadoreño y hondureño, asesinados por ambos ejércitos y ahogados muchos de ellos al tener que lanzarse al río. Mártires son los centenares de campesinos de El Mozote, asesinados los varones en la Iglesia, los niños en una casa y las mujeres en otra, pudiendo oír desde donde estaban el llanto de sus hijos. Mártires son los campesinos asesinados en Las Hojas y encontrados meses después botados en un pozo. Mártires son los masacrados en San Francisco Guajoyo, en El Junquillo, en San Sebastián, en El Calabozo, de todo lo cual dan buena cuenta los relatos espeluznantes del Informe de la Comisión de la verdad.

Mártires podemos llamar también a tantas mujeres que siguen buscando hasta el día de hoy a sus hijos, esposos, padres y hermanos desaparecidos. Mártires son, añadamos simbólicamente a una lista que sería interminable, las docenas de personas que murieron baleadas o asfixiadas en la plaza de catedral el 30 de marzo de 1980, precisamente cuando se celebraba el entierro de Monseñor Romero.

Esta es la nube de testigos del pueblo salvadoreño. Suelen decimos a veces que al recalcar tanto el martirio rozamos el masoquismo o, que sin querer, fomentamos el fanatismo. Pero pudiendo haber en estas críticas algo de verdad, es también verdad, y mayor verdad, que estos mártires son un bien y producen el bien.

b) En primer lugar y ante todo, en estos mártires se verifica la intuición cristiana de que *para redimir el pecado hay que cargar con él*, afirmación fundamental que hace el Antiguo Testamento al presentar al siervo doliente de Yahvé y el Nuevo Testamento a Cristo crucificado. En otras palabras, también al pecado en general y a la violencia en particular puede aplicarse la antigua sentencia de los padres de la Iglesia: *quod nos est assumptum nos est*

*edemptum*. Y, en conceptualización más actual (René Girard), se necesitan actos fundantes anti-violentos para frenar y revertir la dinámica pan-violenta de la calidad.

Según esto, la postura del cristianismo ante la erradicación de la violencia es obvia: por un parte, la violencia debe ser combatida desde fuera con toda suerte de armas (muy preferentemente no-bélicas) externas a ella, pero, por otra, para renar y revertir su dinamismo originante, hay que cargar con ella desde dentro. Así puede ser interpretada, como parece hacerlo Pablo, la cruz de Jesús: como acontecimiento que revierte el dinamismo de la violencia, porque deja —dicho en palabras metafóricas— que ésta desahogue toda su fuerza en Jesús hasta quedarse ella sin fuerza.

Pues bien, los mártires son los que cargan hoy con la violencia. Ciertamente nos ofrecen, además, el combate frontal contra ella por medios pastorales, sindicales, universitarios, etc., aunque en la hora decisiva esos medios no-violentos los libren de la muerte que prevén y asumen con libertad. Otros cargan más directa y totalmente con ella, los masacrados indefensamente, que ni siquiera tienen libertad para rehuir la muerte.

Cuánta eficacia histórica tengan estos mártires para revertir el dinamismo de la violencia es cosa a analizar. Pero, *a priori* según la fe cristiana, hay que afirmar que ellos son los que cargan con la violencia y su pecaminosidad. Y *a posteriori* hay que decir —véase el caso salvadoreño— que ellos son los que más han contribuido a acelerar la finalización de la violencia armada.

En segundo lugar, estos mártires introducen realidades y valores en la realidad histórica que hacen contra la violencia originante, la injusticia egoísta y la mentira encubridora, y de esa forma, como el siervo y como Cristo crucificado, traen salvación y luz.

Nada puede reemplazar a los mártires para captar lo más hondo de nuestra calidad, para tener aquella "aprehensión primordial de realidad" de la que, en lenguaje zubiriano, hablaba Ellacuría, pues, como él mismo decía en lenguaje más sencillo, "en los pueblos crucificados, como en un espejo invertido, podemos conocer todos lo que somos por lo que producimos". Los mártires hacen transparente la realidad, la que hemos sufrido en el pasado reciente y la que —transformando radicalmente el presente— debe existir en el futuro.

Los mártires son los que en una sociedad egoísta introducen misericordia; los que en una sociedad de víctimas y verdugos introducen reconciliación; los que en una sociedad injusta, en que campea la violencia institucionalizada, introducen justicia y paz. Y los mártires son en la tradición cristiana, y en el mejor sentido común de la humanidad, los que introducen amor.

En una sociedad violenta, muchos mueren generosamente, pero para precisar el concepto —aunque existencialmente sólo Dios sabe cómo son las cosas—

hay que distinguir entre caídos y mártires. Los héroes caídos ofrecen generosidad de vida y beneficios en favor de la causa por la que fueron matados. En ese sentido pueden ser signos de amor "a lo suyo", entendido aquí "lo suyo" no en forma necesaria ni principalmente egoísta, sino como realidad abierta a otros. Los mártires, por su parte, son expresión pura y simple del amor, de amor real y verdadero, y de amor no a la propia institución (organización, universidad, sindicato, Iglesia) sino, en directo, de amor en principio a "todos", de amor que quiere humanizar a todos, incluidos los verdugos. Desde este punto de vista, los mártires no son sólo ni primariamente signos de lo propio, sino de lo universal. Su muerte no es, en directo —como puede interpretarse la de los caídos—, una llamada a seguir la lucha (violenta), sino a trabajar, luchar y amar con radicalidad.

Por último, los mártires, son a la vez don de Dios a nuestro pueblo y ofrenda agradable que desde nuestro país sube hasta el cielo. Es éste un gran misterio, pero que debe ser mantenido creyentemente, pues de otra forma vano será proclamar una fe surgida de un crucificado —y por ello es también incomprensible que Santo Domingo haya ignorado activamente a los mártires latinoamericanos.

Jesús es a la vez sacramento y camino a Dios, y ese Jesús, en ésa su doble realidad, tiene su cuerpo en la historia. Entre nosotros, salvadoreños, "el Divino Salvador" no es sólo patrón y nombre del país, sino que muchos salvadoreños lo hacen presente en sus vidas y en sus muertes. Y Jesús, digámoslo al menos para consuelo de los familiares y amigos que les han sobrevivido, los hace la máxima expresión de su presencia en la historia. Por ello, recordemos para terminar unas palabras de Ireneo de Lyon, teólogo, obispo, santo y mártir a su vez, del siglo II sobre los mártires y sobre toda sangre justa derramada:

Si no hubiera de ser derramada la sangre de los justos, de ninguna forma hubiera el Señor tenido que derramar sangre. Que desde el principio tiene voz la sangre, dijóselo Dios a Caín luego que había asesinado a su hermano... Todo esto indicaba la recapitulación de la sangre de los justos y profetas vertida desde el principio, la cual habría de tener lugar en su persona.

El clamor de la sangre de los mártires salvadoreños ha llegado hasta Dios, y el mismo Cristo ha recogido y asumido esa sangre en la suya propia, para que —por decirlo en lenguaje cristiano— nada del valor de todas aquellas sangres quede perdido, sino que quede ganado para siempre. Y, a la inversa, la cruz del pueblo y la sangre de los mártires es lo que sigue haciendo presente la sangre y la cruz de Jesús en la historia.

Esto es lo que sigue generando verdad, amor, justicia y esperanza. Ese es el dinamismo que se ofrece para revertir la historia de la violencia y redimirla. Esa disponibilidad de luchar y amar la justicia y la vida de los pobres hasta el final —aunque ese final llegue a ser martirial—, eso es espiritualidad.

## Notas

1. La terrible maldad de la violencia del sistema puede apreciarse para el caso de El Salvador en el reciente informe de la Comisión de la verdad, publicado en *ECA* 533 (1993) 159-323.
2. Véase su escrito "Violencia y cruz", en *Teología política* (San Salvador 1973) 95-127, y su artículo, publicado poco antes de su asesinato, "Trabajo no violento por la paz y violencia liberadora", *Concilium* 215 (1988) 85-94.
3. *Ibid.*, 88.93.
4. *Ibid.*, 92.
5. Volviendo al caso de El Salvador, recuerdo que en 1980 la situación era tan trágica que se veía venir *inevitablemente* la respuesta armada del FMLN. Ellacuría escribió por entonces sobre una posible solución político-militar al conflicto, con lo cual venía a decir que la guerra de respuesta del FMLN era inevitable y, en aquellas circunstancias, *legítima*, aunque acompañada de una búsqueda de solución también política. Pero en cuanto fracasó la ofensiva final de enero de 1981, escribió y comenzó a trabajar en seguida —recuerdo que lo hizo ya en febrero de ese mismo año— en la solución negociada. Nada tiene que ver con veleidades ese cambio de actitud, sino con un riguroso dejarse afectar por la realidad y responder con espíritu a sus exigencias. Y eso fue de hecho una puesta en práctica de la doctrina tradicional: aunque la causa pueda llegar a ser justa, hay que atender a sus posibilidades de éxito y a que no produzca mayores males. Y hay que usar, aunque fuese simultáneamente, de medios pacíficos para (evitarla o) ponerle fin, es decir, diálogo y negociación.
6. Varios, *La voz de los sin voz*, San Salvador (1981) 118.
7. *Op. cit.*, 93.
8. *Op. cit.*, 100.
9. Para el caso salvadoreño recomendamos vivamente la lectura del ya citado Informe de la Comisión de la verdad. En él aparece no sólo maldad, sino la maldad complejiva de militares, paramilitares, escuadrones de la muerte, aparato de justicia, más sus raíces en la oligarquía civil, el gobierno salvadoreño, la embajada de Estados Unidos... Es espeluznante, pero es necesario para comprender la violencia de respuesta, dejarse afectar por la magnitud de la iniquidad.
10. *ST II-II*, q. 124, a 2, ad 2. En otro lugar dice que "padece por Cristo no sólo el que padece por la fe en Cristo, sino también el que padece por cualquier obra de justicia", *In Ep. ad Rom.*, c.VIII, lect.7.
11. En El Salvador esto es mucho más claro de los combatientes del FMLN que de los del ejército oficial, pero tampoco se puede excluir el que algunos de éstos hayan luchado y entregado su vida pensando que hacían un bien al país.
12. Una de las recomendaciones del Informe de la Comisión de la verdad es precisamente "el reconocimiento de la honorabilidad de las víctimas", *op. cit.* 322.
13. X. Gorostiaga, "La mediación de las ciencias sociales y los cambios internacionales", en J. Comblin, J. I. González Faus, J. Sobrino, *Cambio social y pensamiento cristiano en América latina* (Madrid 1992) 131.
14. *Op. cit.*, 94.